

NUMA POMPILIO LLONA

Guayaquil es su ciudad natal, y el año de 1832, el de su nacimiento.
Llegado muy niño á Lima, empezó á cursar los estudios de humanidades primero, y en seguida los de leyes, hasta que obtuvo el título de abogado.
En 1864, sirvió el elevado cargo de secretario del congreso americano que se reunió en Lima.
En 1867, dió á luz un tomo de sus poesías con el título de *Cantos americanos*. Ha redactado diferentes periódicos literarios y ha tomado parte en la redacción del diario *El Comercio*.
Ha desempeñado el consulado general del Perú en Génova, en la Coruña y otros puntos de España. En el año 1873, ha publicado en París una colección completa de sus obras poéticas.
Llona es uno de los mejores poetas del Ecuador.

DAME TU LIRA

Si á mis piés derramando su tesoro,
Me dijese algún rico de la tierra :
« Escucha, trovador : hé aquí mas oro
Que en los abismos de la mar se encierra :

Con él tendrás la dicha y los placeres
Porque tu ardiente corazón suspira,
Y el amor de bellísimas mujeres,
Grandezas y poder; dame tu lira. »

Y si el mayor de todos los monarcas
Arrojase la púrpura suprema,
Y mostrando á lo léjos sus comarcas,
Colocase en mi frente su diadema ;

Y me dijese : « Tuyo son, poeta,
Mis vasallos, mis pueblos, mis honores ;

Dame el acento de tu lira inquieta,
El arpa en que suspiras tus amores ! »

Si el orador me diese la elocuencia
Que á torrentes derrama en la tribuna ;
Y el sábio los caudales de su ciencia ;
Y el guerrero su bélica fortuna ;

Á todos, sin dudar, respondería :
« Mi alma esos dones admitir rehusa ;
Por que le agrada mas la melodía
Y el blando acento de mi triste Musa. . . . »

Mas, si el tímido y puro adolescente
Me brindase su tierno y casto ardor. . . .
Yo le daría mi laud doliente
Por la dulzura del primer amor !

EN LA AURORA DEL 28 DE JULIO DE 1848

¡ Héros! dejad el polvo de la huesa!
¡ Desgarrad vuestro fúnebre sudario!
¡ Héros! venid en muchedumbre espesa. . . .
¡ El bronce gime ya en el campanario!

¡ Venid! ¡ venid! En el purpúreo oriente,
Bello como la luz de la esperanza,
El sol de las victorias, refulgente,
En su carro de fuego ya se lanza!

El sol que los combates alumbraba
Vuestros inclitos sables vencedores ;

Que en vuestra noble enseña fulguraba. . . .
¡ Venid á recibir sus resplandores!

Escuchad el cañon! . . . su ronco estruendo
¿ No penetra en el fondo de la tumba? . . .
¿ No veis como las sombras van huyendo.
Al ronco son que por los aires zumba?

Así, en los años de opresion y duelo
Las tinieblas de horror nos circundaron ;
Ardió en vosotros sacrosanto anhelo. . . .
¡ Tronó el cañon. . . . las sombras se ahuyentaron!

Del Chimborazo en la elevada cumbre.
El sol de Libertad rayó fulgente;
Y al brillo alzó de su radiosa lumbre
El Nuevo Mundo la altanera frente!...

¡Hoy ese sol, de nuevo, allá en el monte
En pompa y majestad su faz coloca....
¡Oh Bolívar! despierta; al horizonte
Vuelve á ocupar tu pedestal de roca!

Á LA ARTISTA A. F.

¡Desde que mis ensueños disipando
Brilló en mi mente la glacial razón,
Voy por do quiera, sin cesar, buscando
Un corazón, tan solo mi corazón!

¡Un corazón que se aparezca al mío,
Y que me dé su amor.... ó su amistad!
Que á mi alma arranque de su negro hastío!
Que alumbre con su luz mi oscuridad!

Que conforte mi triste desaliento!
Que mitigue mi loco frenesí....
¡Y anoche al ver tu faz y oír tu acento,
Pensé encontrarlo, dulce niña en tí!

LA RESURRECCION

Cuando envuelto en tinieblas yace el mundo
En silencio profundo,
Bajo el manto de Dios hundido en sueño,
Cual fatigado de ladrar se duerme
Un lebré á las plantas de su dueño;
Cuando el loco placer ha enmudecido,
Y solo miro en torno
Sombras y soledad.... de alto deseo
En las ardientes alas conducido,
Traspassando los siglos y distancias,
Lleno de gloria y majestad le veo,
En desierto apartado, en la montaña,
Ó en la puerta del templo,
Dando al pueblo judío
De humildad y de amor lección y ejemplo!
Las procelosas aguas sometiendo
Á las leyes de su alto poderío,
La tumba quebrantando y de su seno
Levantando animado el polvo frío
Con su voz y su nombre!
Resignado en el Huerto
Á apurar con sus labios la amargura
De las culpas del hombre,
En una cruz muriendo, entre la horrura

¡Vé los Andes á hollar que eternamente
Guardarán de tu planta el hondo sello!
Vé á recibir sobre tu helada frente
Del Sol de Julio el inmortal destello!

¡Tiende el vuelo, gigante colombiano,
Que con miedo y amor el labio nombra....
Y al ver tu libre pueblo americano
De placer estremézcase tu sombra!...

¡Y ya tornaba mi alma dolorida
La difunta esperanza á renacer
Cuando supe tu rápida partida,
Y que apenas te hallé te iba á perder!

Y así quedé, cual queda el habitante
Del nebuloso círculo polar,
Que, tras noche larguísima, el semblante
Del vivífico sol mira asomar.

Y, cuando el gozo el corazón le inunda,
Ve que su luz de nuevo se escondió....
Y noche mas helada y mas profunda
Otra vez sobre mi alma descendió.

Y universal pavor y desconcierto,
Cuando su augusta sangre nos redime....
¡Siempre grande le veo!
¡Siempre el hijo de Dios! siempre sublime!...

Mas ¡ay Señor! mi corazón se agita,
Con mas intenso júbilo palpita,
Si á la tumba su presa de tres días
Arrancar otra vez también te miro
Y al seno remontarte de tu padre....
Y de pesar y de placer suspiro;
Y el brillante fulgor que te circunda
En inefables éxtasis me inunda!...
¡Nécios! que en derredor de tu cadáver
Pusieron de soldados fila espesa;
Que encerrar pretendieron
Al hijo del Señor en una huesa!
¡Tanto encerrar valdria
En urna de cristal al rey del día!

Saltó la dura losa.... ¡cuán hermoso,
Hombre-Dios, tu semblante resplandece
Para los hombres que en tu voz creyeron!
Cuán terrible aparece

Ante la vista, al par, de los que impíos
Blasfemando de tí se maldijeron!
¡Hélos, Señor, caídos
Al pié de tu sepulcro, pavoridos,
Cual ruedan, con el austro, por el cielo
Desparramados los manojos de heno!...

¡Los ángeles descienden desde el cielo:
Los azules espacios, en su vuelo,
Con luminosos rasgos brillantan;
Y en la losa postrados,
« Hosanna! hosanna! al vencedor Mesías,
« Hosanna! hosanna! » cantan!
Célicas entusiastas armonías
Sus harpas brotan, que los aires hienden,
Publicando tu gloria,
Y al Universo férvidas se extienden.

El Orbe, ya caduco y carcomido
Por los antiguos crímenes del hombre,
Se alzó de nueva juventud henchido;
Mas ciego con la luz de tu hermosura,
Dobló ante tí las cumbres de sus montes!...
La Ciencia sacudió su vestidura
Manchada con el polvo de los siglos,
Y se perdió su atónita mirada
En nuevos y sublimes horizontes;
Fortalecida con celeste ayuda,
En sus robustos brazos
El cetro del Error saltó en pedazos;
Y desde entonces la Razon guiada
Fué en el mar tenebroso de la duda
Por la alta luz divina
De las doce apostólicas centellas.
Cual perdido viajero que camina
Á la nítida luz de las estrellas!...

Á UN POETA

Escazo anduvo en corporales dones
Cuando á la tierra te lanzó el destino:
Cabellos de oro te negó mezquino,
Y dulce voz de penetrantes sonos;

No te dió, tierno imán de corazones,
Azules ojos de mirar divino;
Y, en fin, tu cuna de modesto lino,
No adornaron el oro, ó los blasones;

¡Pero te dió la inspiración fecunda
Incubadora de valiente idea,
Alma á quien fuego celestial inunda,

Mente que noble y entusiasta crea....
Y acre sonrisa de mortal desprecio
Del vulgo idiota, corrompido y nécio!

LA DICHA HUMANA

Con ciego afán y loco desvario,
Largo tiempo corré tras la ventura:
Á la Gloria, al Amor, á la Hermosura
La he demandado en el delirio mío;

¡Y siempre, siempre ese fatal vacío!
Siempre en la copa de mayor dulzura,
Allá en el fondo oculta la amargura
Y tras todo placer, árido hastío!

¡De mi senda en los ásperos abrojos
Dejé mi corazón ensangrentado
Y de mi alma y mi vida los despojos!...

¡Y con dolor, al cabo, he comprendido
Que es un sueño la dicha, y fiero el Hado
Por solo bien nos concedió — el olvido!

LOS CABALLEROS DEL APOCALÍPSIS

Ciegos huyen en rápida carrera;
Y, de terror en hondo paroxismo,
En confuso escuadrón y espesa hilera
Derechos corren al profundo abismo:

Por largas horas, en combate crudo,
Á invencible falange resistieron:
Mas, arrojando al fin lanza y escudo,
La ráuda grupa del corcel volvieron:

Pálidos, polvorosos, jadeantes,
Tendidos con espanto en los arzones,
Cual lívidos fantasmas, anhelantes,
Agitan sin descanso sus bridones;

Rudos soldados, fieros capitanes,
Revueltos huyen en confusa horda,
Y de sus voladores alazanes
El sonante tropel la tierra asorda;

Por la llanura y la infecunda arena,
Por fragosas pendientes y peñascos,
Cual sordo trueno á la distancia suena
El rudo golpe de los férreos cascos;

El horizonte y soledad agreste
Devora ardiente su mirada ansiosa,
Y cerca ya la vencedora hueste
Les parece sentir, que les acusa;

¡Y sentir les parece ya el ruido
Del contrario bridon que les alcanza,
Y en su espalda su ardiente resoplido,
Y entre sus carnes la punzante lanza! ..

¡Por entre el polvo á la menguante lumbre,
La expresion de los hórridos afanes
Se ve de la apiñada muchedumbre,
Y sus desesperados ademanes!

¡El uno, allá en el fondo, al firmamento
Dirige inenarrable una mirada,
Y alza en su mano trémula, sangriento
El trozo inútil de su rota espada!

Crugiendo el otro de furor los dientes,
De su fuga en los impetus veloces
Ambos brazos abiertos é impotentes
Al cielo eleva, con airadas voces!

Y ayes, imprecaciones y gemidos
Por el rigor lanzando de los Hados,
Todos por fuerza incógnita impelidos,
Todos en confusion atropellados,

¡Allá van! ¡cuál ondeante se arrebatada
Bramadora corriente impetuosa,
Y, cual rápida viviente catarata,
Van á hundirse en la sima pavorosa!

¡Horror! ¡horror!... de todos el primero,
Cuando aun el brío del corcel irrita,
Desde el borde del gran despeñadero
Ya al abismo sin fin se precipita;

Quiere el bruto cejar; mas, acosado
Por el férreo talon ó aguda espuela,
Ciego ya de dolor, desatentado,
Sobre el vacío despeñado vuela;

En lo alto, las pupilas dilatadas,
De hórrido espanto las narices hincha,
Y convulso, las crines erizadas,
Con alarido fúnebre relincha.....

Y el ginete el escuálido semblante
Entre sus brazos con horror oculta,
Y, de angustia infinita palpitante,
En el profundo abismo se sepulta!...

¡Pintor sombrío! ¡en la vision siniestra
Que en el lienzo fijó tu osada mano,
La fantasia sin cesar me muestra
La triste imágen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
Todo el vigor de sus robustos años;
Mas cede al fin ante la hueste ignota
De dolores y adustos desengaños;

Y estremecido de su gran miseria,
El sér, — sobreponiéndose al espanto
Del bruto vil de la soez materia
Y á su propio terror y á su quebranto, —

Por el furor injusto ó la venganza
Acosado, sin tregua, de la suerte,
Dando un adios eterno á la esperanza....
¡Se arroja en el abismo de la muerte!

SEMEJANZAS

Yo he visto en las riberas del Oceano
Hondas quiebras, oscuras galerías,
Donde se lanzan con furor insano
Las olas espumosas y sombrías :

Con rudo embate en las estrechas bocas
Primero rumorosas se atropellan,
Y entre murallas de gigantes rocas
Despues, en larga sucesion, se estrellan;

Y á cada choque, montes levantando,
Corren tronantes, como en lid eterna;
Y, en impetu y rumores aumentando,
Piérdense al fin en lóbrega caverna;

Y al aplicar el temeroso oido,
Allá en el fondo del abismo oculto
Se siente ronco subterráneo ruido,
Creciente, inmenso, colosal tumulto.

En las gargantas vi de mis montañas,
Cuando la negra tempestad mugía
Con voces potentísimas y extrañas,
Y el relámpago pálido lucía,

Del nublado que del sol oculta el disco
Desprenderse la ignífera centella,
Y, rebotando de uno en otro risco,
De sus iras dejar una ancha huella;

Y á su siniestra serpeante lumbre
El fragoroso trueno sucediendo,
Á lo léjos su voz de cumbre en cumbre
Repercütirse con creciente extruendo :

¡Primero era un rumor; y luego un grito
De rebelion potente semejaba;
Y despues un clamor alto, infinito,
Que en la Creacion entera resonaba!

De mi espíritu así, de sombras lleno,
En las profundidades rudas y hondas
Retumban del pesar el ronco trueno
Y del mar del dolor las turbias ondas :

No intensa pena ó sufrimiento agudo
De pronto excita el infortunio amargo
En mi sér; de la Suerte al golpe rudo,
Queda en inerte funeral letargo.....

Mas sobreviene luego el pensamiento,
Y contempla su mal y lo analiza,
Y, con trabajo silencioso y lento,
Del corazon la herida profundiza;

Con su punzante reflexion, en mi alma
Se interna cual siniestro audaz minero,
Y pronto sigue á esta aparente calma
Hondo dolor, desesperado y fiero;

En su mano llevando aciaga lumbre,
Mudo, sombrío, en sus abismos entra,
Y la vena de ignota pesadumbre
En sus senos recónditos encuentra;

Y al golpe sordo de su atroz martillo
Que sus cavernas sin cesar ahonda,
Y de su antorcha al implacable brillo,
Mi alma el abismo de sus males sonda!

¡Y crece mi dolor; y entro mi pecho
Se levanta fierisima batalla;
Y en breve, siendo á contenerlo estrecho,
Ya mi angustiada corazon estalla!...

La onda de la afliccion, como en octubre
Del equinoccio la glacial creciente,
Sabe en mi sér, y sus alturas cubre,
Y lo aniega y sepulta omnipotente!...

Y, cada vez mas grande y mas profundo,
Aquel dolor que mi alma entera absorbe
Es al fin de congoja y duelo un mundo,
Grande como el espacio y como el Orbe!...

¡Ay! ¿por qué el corazon no ha revestido
De temple superior Naturaleza;
Ó es menor del pesar el estallido,
Y la ola, menor, de la tristeza?...

¿Mas qué importa el dolor? Aunque de adusta
Y triste faz, la adversidad sombría
Es celeste deidad, noble y augusta,
Madre de la sublime Poesía!

¿Qué importa que tal vez la desventura
Bajo su peso mi existencia abrume?
¡Ella dá al alma incógnita dulzura
Y al corazon balsámico perfume!

¡La pena es el crisol do el sentimiento
Se acendra mas, del ánimo constante;
En su fondo, de escoria vil exento,
Queda el metal mas duro y mas brillante!

¡Ella levanta y engrandece el alma;
Postrándola, la enseña á la victoria;
Y á su sien ciñe inmarcesible palma,
Mas bella que las palmas de la gloria!

Lo ha dicho el Génio : « ¡de las liras rotas,
Que el pié del tañedor ha destrozado,
Salen despues mas melodiosas notas,
Un gemido mas tierno y desolado! »

¡En solitaria torre, que la injuria
Destrozó de los años y los vientos,
Forma del récio vendabal la furia
Mas sonoros tristísimos concentos!

¡Sábio cultivador es el Quebranto,
Del árbol de la vida : de congoja
Le riega con perenne tibio llanto;
Y de sus verdes hojas le despoja!

Y en la estacion propicia, sobre el tronco
De sávia henchido la segur suspende,
Y una vez y otra vez, al golpe bronco
Del duro hierro, sus entrañas hiende;

Dobla el árbol la frente; y de sus rotas
Entrañas, obediente á su destino,
Como de lloro silenciosas gotas,
Brotó la mirra ó el licor divino :

¡Bálsamo que suaviza la honda llaga
De los vencidos en la lid sangrienta;
Néctar celeste que la sed apaga
De ansiosa multitud calenturienta!...

¡Sí! ¿qué importa el dolor?... Nunca el embate
Del mar el monte colosal derrumba;
De sus ondas la furia al pie se abate,
Y hallan allí su sempiterna tumba!

¡Y aquella fiera lucha y lid constante
Sello le imprimen de mayor grandeza;
Entre las ondas álzase gigante,
Símbolo de la eterna fortaleza!

¡Y la ola que, en golpe eterno, labra
Su inmovible base de granito,
Le dá, en el gran idioma, una palabra,
Una voz en el cántico infinito!

¡La furibunda tempestad desecha
Que del risco durísimo en la frente
Clava su triple fulminante flecha
A vencerle también es impotente!

Vano es que el rayo la soberbia roca
Una vez y otras mil con furia hiera!
No la hiende jamás ni la derroca;
Antes le añade majestad severa :

NOCHE DE DOLOR EN LAS MONTAÑAS

Rugió la tempestad; y sin embargo,
Del monte al pie, la faz sobre la palma,
De mis ojos vertiendo lloro amargo,
Quedé, en su pena adormecida mi alma....
Cuando al cabo salí de aquel letargo,
Limpio estaba el azul, el viento en calma....
¡Y con asombro y amargura y duelo,
Alzé mi rostro á contemplar el cielo!

Sirio brillante sin cesar lucía;
Saturno inmóvil del zénit miraba
La vida universal.... la láctea vía
Que con luz taciturna centellaba
Y al orbe en ancho círculo envolvía,
De lucientes escamas, semejava
La infinita simbólica serpiente
Que se está devorando eternamente!

¡Cuánto silencio ¡oh Dios! cuánto reposo!
Y cuán honda y fatal indiferencia!
¡Cuán extraño ese Todo prodigioso
Es del hombre á la misera presencia!
Al comprenderlo, un pasmo doloroso
Penetra y acongoja la conciencia,
Y en sus abismos íntimos clarea
Una tremenda é implacable idea. — :

Gira el Mundo en el vasto firmamento
Con pompa augusta y majestad suprema,
Y se agita, en acorde movimiento,
De los astros sin fin el gran sistema....

Surcan su sien tronando las centellas,
Sin conmovér su mole y sus raíces;
Y sus rasgos parecen y sus huellas
Augustas, dolorosas cicatrices....

¡Así el poeta! sin mortal desmayo,
De la existencia en el fatal combate,
Resistirá de la desgracia el rayo
Y del dolor el furibundo embate!

¡De adversa suerte afrontará la saña
Y del vulgo el clamor vano, irrisorio,
Firme como el peñón de la montaña,
Como del mar el alto promontorio!

¡Ni de irritadas ondas el murmullo,
Ni el rayo, ni del noto la arrogancia,
Conmoverán la roca de su orgullo,
El escollo eternal de su constancia!

¡Y, escrita en ella su sublime duelo, —
Ceñida de relámpagos, la frente
Elevará magnánimo hácia el cielo,
Mas noble y mas augusta y eminente!

¡Y el hombre pasa, presa del tormento,
Y de su propio ser con el problema;
Sufre y muere!... y no turba su caída
El perpétuo banquete de la Vida!

Vasto Ser encerrado en su egoísmo
Parece el Universo soberano,
Ó un colosal y ciego mecanismo
Que gira sin cesar; y el sér humano,
El que, entre todos, siéntese á sí mismo,
La arista deleznable, el leve grano,
Que va á saciar, sin que eludirlo pueda,
La actividad de la gigante rueda!

¡Un resorte es tal vez de aquella vasta
Maravillosa máquina divina,
Mas resorte que sufre, que se gasta,
Y que siente su fin y su ruina! —
Sér cuya triste pequeñez contrasta
Con su instinto que á lo alto se encamina....
¡Que vive un día en cautiverio infando,
Eterna vida y libertad soñando!

¡Vive! en su mente el doloroso drama
Llevando de sus propios pensamientos;
Conjunto extraño, misero amalgama
De opuestos y encontrados elementos;
Mezcla de sombra y de celeste llama;
Antítesis de todos los momentos;
Híbrido ser; en medio á cuanto existe,
De la Fatalidad víctima triste!

Como el príncipe aquel infortunado
De los extraños cuentos orientales,
Que, en su inferior mitad petrificado,
Lloraba inmóvil sus eternos males;
Á la inerte materia encadenado
El hombre, así, por vínculos fatales,
De las regiones ínfimas del suelo
Ansioso mira y suspirando el cielo!

Mas dichoso, — del ángel puro y fuerte
No oprime el barro la sustancia aerea;
La inmóvil planta, el mineral inerte,
Son insensible estúpida materia;
Siente el bruto los males de su suerte,
Pero no á su dolor y á su miseria
Dá una perpétua y céntuple existencia
El cristal refractor de la conciencia!

Solo él que se llama el rey egregio
De la vasta Creación puesto en la cumbre,
Él solo tiene el alto privilegio
De la Razon, con que su noche alumbra;
Él tiene el pensamiento, signo regio,
Que en su frente refulge, interna lumbré,
Del Universo misterioso espejo
Y de su propio ser sombra y reflejo :

Don prodigioso, mágico, sublime,
Mas funesto á la vez : en él se halla
La fuente del tormento que le oprime
Y del inquieto afán con que batalla :
Como una espada fulgida le esgrime,
Y la Tierra á sus plantas avasalla,
Mas ella le abre una profunda herida
Que bálsamos no curan de esta vida! — :

Tal vez, cual rey que abdica su corona,
Él renuncia á esa noble preeminencia
Al atributo que su estirpe abona,
Á esa invisible y mágica potencia;
Á los torpes instintos se abandona,
Y á la del bruto iguala su existencia;
Feliz en su abyección.... mas ¡ay! si un día
Aquel rayo se enciende que dormía!...

¡Despierta! de su espíritu las alas
Sacudiendo la vasta pesadumbre
De lo real, por las etéreas salas
Le alzan del Orbe á la sublime cumbre;
Mira á sus piés de la Creación las galas,
Sobre su frente la sidérea lumbré....
¡Y en su alma, dilatada en lo infinito,
De la vida inmortal se eleva el grito!...

Baja despues al Mundo.... y anegada
Su alma en las ondas de una nueva vida,
Al tender por la tierra la mirada
La ve de extraña magia revestida :

De la espaciosa terrenal morada
El variado espectáculo, embebida,
Contempla sin cesar, y en la belleza
Se absorbe de la gran Naturaleza :

El sol, de eterna majestad vestido,
Que nace en calma allá en el océano,
Cuando, como de amor estremecido,
Palpita y se alza su cerúleo llano;
Cuando bullente mar de oro fundido
Semeja luego; y su vapor liviano
Flota en los aires, y escalando el monte,
Desvanece el perfil del horizonte;

Quando, en las altas cúspides quebrados,
Hieren sus dardos de oro las montañas....
Y de sus hondos valles y collados
El humo se alza ya de las cabañas;
Y el distante mugir de los ganados
Se oye, y la voz de montes y campañas;
Y de la tierra la anchurosa escena
De luz, de vida y de rumor se llena!

Los espumosos rápidos torrentes
Que, de los montes rudos y sombríos
Relumbrando en las ásperas vertientes,
Bajan al valle; los sonoros rios
Que, én caprichosos giros refulgentes,
Por entre bosques, pueblos y plantíos,
Se pierden en confusa lontananza....
¡Como un sueño de amor y de esperanza!

La hora augusta, callada y ardorosa
Del meridiano universal sosiego,
Quando la Tierra extática reposa
Bajo su blanca túnica de fuego.... —
Las sombras de la tarde misteriosa;
De la campana el clamoroso ruego,
Mientras el sol se oculta paso á paso
En las pompas sublimes del ocaso;

Del Labrador alegre los cantares,
Que, ignorante del mundo y de sus leyes,
De la diurna faena á sus hogares
Al paso vuelve de sus tardos bueyes;
Las voces de las granjas y lagares;
El tropel y balido de las greyes
Que en silencio al redil el pastor guía,
Á las vislumbres últimas del día;

Vénus que asoma rutilante y pura
Del dudoso crepúsculo entre el velo;
La muchedumbre de astros que fulgura
En el profundo cóncavo del cielo,
Mientras cubre aun la tierra sombra oscura...
¡Y el alma siente indefinible anhelo
Bajo esa inmensa y trémula techumbre
De viva, ardiente y fulgorosa lumbré!

¡La aparición de la triunfante luna
En el azul mas claro del vacío,
Que con serenos rayos la laguna
Argenta y la montaña y selva y río... —
La misteriosa oscuridad que aduna
Tal vez la noche en su recinto umbrío,
Mientras del mar en la tiniebla oculto
Resuenan los gemidos y el tumulto!...

Las nebulosas noches en que vela
El firmamento sombra vaporosa,
Cuando la luna trémula riela
En la mar alterada y tenebrosa,
Y su argentada rutilante estela
Sigue el vaiven del onda silenciosa.....
¡Y en el alma se eleva conmovida
Como el recuerdo de otra augusta vida!...

Las montañas inmóviles y severas
Que se reflejan en el hondo lago,
Cuyo luciente espejo auras ligeras
Tan solo agitan, en amante halago;
Sus ondas que en las plácidas riberas
Lentas espiran con suspiro vago;
Los Nevados que elevan á lo lejos
Sus cúpulas de fúlgidos reflejos!...

Los azulados pálidos albores
De la aurora en los campos indecisa;
El amante susurro de las flores
Que el soplo inclina de la fresca brisa;
De la escondida fuente los rumores;
De los cielos la fúlgida sonrisa;
La blanca nube que en su fondo rueda;
La tórtola que gime en la arboleda.....

Del panorama espléndido del Mundo
Cada aspecto magnífico y diverso,
Cada acento sonoro ó gemebundo
Del himno augusto en la Creación disperso, —
De un sentimiento incógnito y profundo
Llenan su corazón; y al Universo
Estrecha su alma con gigante abrazo,
Y unirse quiere en perdurable lazo!

¡Perpétuamente contemplar quisiera
De la tierra y los cielos la hermosura;
Y siguiendo en su rápida carrera
Á la gloriosa é inmortal Natura,
Al revolver de la celeste esfera,
En éxtasis de amor y de ventura,
Del éter por las vastas soledades
Atravesar con ella las Edades!

¡De la ley de la muerte vencedora,
Gozar quisiera de inexhausta vida,

Sin noche, sin ocaso y sin aurora,
Sin término, ni valla, ni medida!
Y la infinita sed que la devora
Así saciando —, al Universo unida,
Su espíritu fundiéndose en su esencia,
Abismarse en la cósmica existencia!...

¡Y siente que en su seno palpitante
Flecha mortal le clava cada hora,
Y que con mudo diente cada instante
Oculta parte de su sér devora;
Que en débil cuerpo su alma vacitante
Se encierra, cual antorcha tembladora
Que de opaco alabastro en frágil urna
Se agita á la merced de aura nocturna;

Que, á pedazos, su sér de angustia lleno
Se queda de la vida en los abrojos.....
Y pronto al Orbe fúlgido y sereno
Se cerrarán sus fatigados ojos!
Y que sobre la tumba en cuyo seno
Yacerán sus inmóviles despojos
Eternamente trémulas y bellas
Lucirán en silencio las estrellas!...

Comprende que, por fallo del destino
A que es empeño inútil que resista,
Brillará el espectáculo divino
Después que el triste espectador no exista.....
¡Y otras gentes vendrán con igual sino,
Y disfrutando un punto de su vista
Cual remolinos pasarán de arena!...
¡É Ísis inmóvil seguirá y serena!

¡Que como el dios á quien sangriento rito
En sus altares consagró Cartago,
Fiero el Hado, imperando en lo infinito,
El sér devora en incesante estrago;
Y, sin que alcance á detener el grito
De universal dolor su curso aciago,
Al través de la ruina de las cosas
Siguiendo va sus sendas misteriosas!

Que es la vasta creación, con los fulgores
De sus eternos astros, con la orquesta
De sus séres, y cantos y rumores.....
El coro inmenso, la perpétua fiesta
Entre la cual la humanidad, de flores
Marcha ceñida, y á morir se apresta;
Ífigenia inocente y resignada
Ante ignota deidad sacrificada!

¡Comprende que es inútil su esperanza!...
Que, blanco de la cólera tremenda
Del Destino implacable ó la venganza,
Ó de su altar propiciatoria ofrenda,

Por fuerza oculta arrebatado avanza
Gimiendo el hombre en la terrestre senda,
Á cuyo fin le espera silenciosa
La universal y sempiterna fosa!...

¡Oh indecible dolor!... ¡oh desventura
Eterna, inevitable é infinita!
¡Contradicción fatal! ¡ley de amargura
Á nuestra raza misera prescrita!...
Si por do quier á la infeliz criatura,
Su propia y triste condición limita,
¿Por qué esta sed que nos devora interna
De amor, de vida y venturanza eterna?

¿Por qué esta ánsia de espíritu gigante
Puesta en un sér efímero y mezquino?
¿Por qué este anhelo inmenso é incesante
De lo eterno, inmortal y lo divino;
Si el sueño irrevocable de un instante
Solo es la vida que le dió el Destino;
Niebla que en el azul del firmamento
Veloz agrupa y desvanece el viento?

¡Ah! ¡desde el punto mismo en que esa idea,
Esa duda terrífica, en su mente
Con resplandor fatídico clarea,
Muerta ya el hombre su esperanza siente;
Como del orbe funeraria tea
La lumbré ve lucir del sol ardiente,
Y á sus miradas de tristeza un velo
Cubre la tierra y oscurece el cielo.

¡Ella la luz de su ventura apaga,
Y su alma llena de mortal despecho;
Cual honda herida é incurable llaga
La lleva oculta en su doliente pecho;
Los goces mismos del amor estraga;
Y cual Génio cruel puesto en acecho,
Detiene el brazo con que, en ánsia loca
La copa del festín lleva á su boca!

¿Á qué apurar los terrenales goces
Y el inefable amor de las mujeres,
Si sabe que disipanse veloces,
Cual sombra de una nube sus placeres?
¿Si en derredor, con lamentables voces,
De los terrestres y caducos séres
El triste coro sin cesar le advierte
Que es su cercano término la muerte?

Si es la vida la estancia opaca y fría
Do el abatido preso silencioso,
Mientras que llega de su muerte el día,
Breves horas conceden de reposo; —

Vestíbulo fatal de la sombría
Eternidad, pasaje misterioso
Entre la cárcel de la Nada oscura
Y la negra y eterna sepultura.....

¿Al condenado imitará, que en vano
Su congoja en el vino ahogar espera
Y el olvido beber del ya cercano
Tremendo instante de su muerte fiera;
Que de la orgía en el tumulto insano
Pasa su infanda noche postrimera;
Y, con amarga risa, bebe y canta,
Mientras que su cadalso se levanta?

¿Ó, de la adusta realidad el ceño
Huyendo estremecida su conciencia,
Se adormirá tal vez con el beleño
De insensata y letal indiferencia;
Y en profundo sopor y largo sueño
La noche pasará de su existencia,
Hasta que el vivo rayo de la aurora
Venga á anunciarle del morir la hora?

¿Ó, cual víctima inerme que, doblada
Ante el hosco verdugo la rodilla,
Pálida, suplicante, é inundada
En lágrimas cobardes la mejilla,
Procura en vano detener la espada
Que alzada en alto ante sus ojos brilla;
Así eludir el golpe necesario
Querrá el hombre, del mudo victimario?..

¡No! Armada de la séptuple coraza
De firme voluntad el alma fuerte,
El golpe esperarás con que amenaza
Tu inerme seno la infalible Muerte;
¡Oh tú de Adán desventurada raza,
Hija desheredada de la Suerte!
¡Y le opondrás la calma y la grandeza
De tu heroica invencible fortaleza!

De la enemiga tribu, prisionero
Y próximo á sufrir muerte cruenta,
Serenos el indio intrépido guerrero
Las breves horas de su vida cuenta;
Inmóvil, silencioso y altanero,
No á sus contrarios apiadar intenta;
Su suerte acepta; y de la turba impía
Desdeñoso las iras desafía;

En lo pasado engólfase su mente
Largo tiempo, al rumor que en la enramada
Forma el viento que le habla tristemente
De su selva, su choza y de su amada.....

Levanta al cabo la inclinada frente:
Centellante recorre su mirada
De sus verdugos el salvaje coro.....
¡Y al fin entona un cántico sonoro!

¡Un cántico de muerte y de victoria,
Himno á la vez triunfal y plañidero,
Que toda encierra la sangrienta historia
De sus luchas *de guerra en el sendero*;
Apoteosis de su propia gloria,
Consolación de su suplicio fiero,
En su lábio crispado al fin espira.....
Y el cuerpo entrega á la inflamada pira!

Así ¡oh tú, alma generosa y fuerte
Que el soplo alienta de viril potencia!
¡Aceptar debes de la adversa Suerte
La injusta cuanto bárbara sentencia:
El aspecto cercano de la muerte
Mirarás con estóica indiferencia;
Y, al morir, sin flaqueza y sin quebranto,
Entonarás tu funerario canto!

Y en él dirás: de tus fugaces años
Las luchas, los cuidados y dolores,
Incertidumbres, dudas, desengaños.....
De la inestable fortuna los rigores;
Del tiempo los estragos y los daños:
De los seres mas caros y mejores

A LOS TREINTA AÑOS

¡Puesto que todo ha muerto y la Esperanza
Llorosa á lo alto remontó su vuelo;
Y aun ya se pierde en el aéreo velo
De la niñez la bella fontananza!

Puesto que nada nuestra queja alcanza
Del mundo inmóvil y el callado cielo!
Y se siente mas hondo desconsuelo
Conforme el pié por el sendero avanza!

Á JUAN ARGÜEDAS

¡Ya no existe el Amor! murió, poeta,
Y en su altar colocaron al Deseo!
Do quier que giro la mirada inquieta,
Miseria y fango y egoismo veo!

Disfrazado interés, mira secreta,
En las sonrisas cariñosas leo;
Y, aunque encubierto con falaz careta,
Es cada hombre..... un comerciante hebreo!

La inesperada eterna despedida,
Que extingue la mitad de nuestra vida.....

De invisibles contrarios el asedio
En la terrestre encarnizada guerra;
La ponzoña letal y sin remedio
Que allá en el fondo nuestra copa encierra;
La creciente congoja y hondo tedio
En nuestro triste viaje por la tierra.....
¡Y aquel amargo y fúnebre contento,
Muriendo, arroja á la region del viento!

¡Del propio crimen que nosotros reo,
Sufriendo atroz suplicio en alta roca,
No de Jove el antiguo Prometeo
Con viles ruegos la piedad invoca;
Encadenado el cuerpo giganteo,
Cerró el silencio del desdén su boca;
Mas sublime lanzó, con frente enhiesta
Á la eterna justicia su protesta!

¡Si! que, al morir, elévese á lo ménos
El grito de la misera criatura,
Y traspasando los etéreos senos,
Allá resuene en la celeste altura;
Que en los espacios mudos y serenos
Eterno vibre su eco de amargura.....
¡Y que despues deshágase y sucumba,
Y en polvo caiga en ignorada tumba!

Puesto que hemos dejado en el camino
Ya tus propios pedazos, y del alma,
Incurable dolor mora en lo interno.....

— ¡Oh corazón! doblégate al Destino;
Y apereíbete ya con muda calma
Para el silencio y el reposo eterno!

Viejos son ya los niños; las mujeres
En almoneda corazón y mano
Ponen, cual avarientos mercaderes:

Inocencia! amistad! virtud! decoro!
¡Falaces nombres! El linaje humano
Postrado yace ante el Becerro de oro!

AL ARTISTA FRANCISCO LASO

¡Dichoso tú, cuya inspirada frente
El brillo aun guarda de la edad primera,
Y en cuya alma lo Bello rebervera,
Como la luna en cristalina fuente!

¡Dichoso tú, cuyo pincel ardiente
A la mezquina realidad supera!...
¡La Fé te guia, el Porvenir te aspera,
La Gloria te abre su mansión fulgente!

¡Oh! tú grande serás..... Y yo entretanto....
Yo taciturno y misero poeta,
Esclavo del dolor, hijo del llanto!

Yo..... devorado de ansiedad secreta.
Habré ya hundido en la region de espanto
Los vagos sueños de mi mente inquieta!

A A. D.

Quando se doble pálida y sombría
Sobre mi pecho mi abatida frente;
Y helado ya mi corazón no aliente,
Y mis ojos enturbie niebla fría;

Quando mi oído cierre la agonía
De mis hermanos á la voz doliente,
Y por postrera vez luzca en mi mente
El triste cuadro de la vida mía.....

¡Entonces! si tu imagen seductora
Brilla entre las tinieblas de ese instante,
Cual sol que negros nubarrones dora.....

¡Alzaré, sonriendo, mi semblante,
Y diré con acento moribundo:
¡Dichoso fué, pues que me amó, en el mundo!